

Jean Mouchon, *La resistible decadencia del debate público en televisión*
En *de Signis* Nº 2, Barcelona, Gedisa, 2002
Traducción, María Elena Bitonte

Las emisiones de debate político en la televisión francesa atraen a un público cada vez menos numeroso. Más allá de la lógica de los programadores de televisión que ya se dieron cuenta de esta realidad o de las consideraciones relativas a los efectos de los “affaires” ¿No conviene ponerse de acuerdo para comprender este desgaste, interrogarse, sobre todo, por la representatividad social de los participantes de las emisiones, por las condiciones en las que se desarrollan los intercambios y por los procesos cognitivos que valorizan?

Palabras clave: debate, político, representatividad social, procesos cognitivos

El lugar de la televisión resulta central para el acceso a la información de la mayoría de la población en Francia. Los noticieros, bajo su forma canónica de la “gran misa” de veinte horas en los canales generalistas o la de los modelos reducidos presentados en continuado en los canales temáticos, se mantienen en un nivel de audiencia elevado. La demanda de información se confirma igualmente en la radio, con el éxito de France Info acompañando a los automovilistas o de la franja horaria que les está enteramente consagrada en las emisoras generalistas a la hora del desayuno. Paralelamente, las emisiones de debate acerca de cuestiones políticas o de la vida pública generan cada vez menos ingresos. Pese a las diferentes tentativas esbozadas desde los años ochenta en Francia por renovar el género y mantener al público –por ejemplo, la intrusión en la vida privada de los hombres políticos en « Preguntas a domicilio »- nada parece impedir este movimiento inexorable de erosión (1).

Desde hace dos años, antes bien, asistimos a un baile inquietante de emisiones que en una sola temporada, al término de la primera tentativa, se suprimen. Desde la partida voluntaria de Anne Sinclair y la supresión de « 7 sobre 7 », TF1 no logró reponer una emisión equivalente los domingos por la noche. Sin embargo, las dos fórmulas retenidas en 1998 y 1999, se sostuvieron con un presentador conocido y a priori capaz de asegurar un público fiel. Ni el despido de Michel Field, célebre por sus cualidades de animador de foros de discusión, ni el reconocimiento profesional de Ruth El Krief con su traspaso de LCI al canal-madre, permitieron que sus emisiones franquearan el fin de año fatídico que fija la reprogramación. El fracaso de estas dos emisiones, « Public » y « 19H dimanche », tiene un alcance particularmente significativo, en la medida que muestra la obsolescencia de dos concepciones clásicas del debate público televisivo: ni la fórmula provocativa y de enganche de la primera, ni el cuestionamiento político que opera en la segunda, han suscitado un interés sostenido.

Al mismo tiempo, France 2 agotó también, rápidamente, dos fórmulas de matriz diferente. Temerosos de poner en el aire una palabra plural, los programadores han elaborado dispositivos que permitirían el intercambio entre actores sociales de origen diferente. « La France en direct » pone en paralelo lugares de lenguajes diversificados abriendo el estudio parisino a cafés

provincianos en los que se expresa gente común. Los responsables políticos y los expertos reunidos en París son de este modo, puestos en situación de escucha : el corrimiento de la tribuna adquiere un valor simbólico fuerte en un país centralizado y de tradición jacobina. A pesar de esta sintonía con las expectativas de la población traducidas por las encuestas de opinión, la emisión es suprimida. « Direct », la siguiente, intenta presentar un resumen de las fórmulas canónicas de la expresión pública televisiva. Con frecuencia son desarrollados « el diálogo ciudadano » (1) donde gente común interroga al invitado político y luego un mini-debate permite verlo confrontado con un político de convicción diferente y por último, tres periodistas conducen una entrevista según un arquetipo clásico. La fórmula señala de inmediato el retroceso, en términos de audiencia y el levantamiento de la emisión está decidido. La repetición y la rapidez de estos fracasos plantean problemas.

Más allá de que las preguntas de los programadores de los canales de televisión, sean legítimas y operacionales, estas obligan a reflexionar acerca del hiato constatado entre el interés del público por la información y su indiferencia por el debate y la confrontación de carácter político. A menudo reducida a consideraciones relativas a la moralidad y a la fiabilidad de la clase política, la interpretación corriente frente al rechazo del debate resulta bastante vaga. ¿No conviene interrogarse sobre ciertos aspectos esenciales de la dinámica democrática a los que reenvían estas formas de emisión ? Las modalidades de selección de los actores sociales invitados a participar, su representatividad en relación con la población general y las condiciones en medio de las cuales los intercambios se desarrollan son tan estereotipadas que merecen entonces atención. La pregunta reenvía a la problema de la regulación democrática en una sociedad que se encuentra bajo la gestión de los medios, precisamente en un momento en que los partidos y los sindicatos tradicionales están casi excluidos.

1. Los dispositivos, los modos enunciativos y el lugar de los actores sociales

1.1 *La elección proxémica y los modos enunciativos*

Las emisiones de carácter político se basan en modelos proxémicos muy jerarquizados. La mayor parte del tiempo situado en París, el estudio de televisión permite la puesta en imagen del status acordado a los participantes. El efecto más intenso se produce cuando la atención del telespectador está concentrada exclusivamente en el invitado y el conductor que regula la conversación. Esta figura estrecha constituye la forma más clásica del intercambio político, sin embargo, la indiferencia manifestada respecto de « 19H dimanche », presentado por Ruth El Krief, atestigua la dificultad del género de sobrevivirse a sí mismo. Parecería que esta forma dual fuera, en lo sucesivo, confundida con la presentación solitaria del político que, en democracia, resulta poco creíble. Esta queda reservada a los jefes de Estado en circunstancias graves como una situación de guerra o en ocasión de ciertos rituales sociales, como los votos de fin de año, por ejemplo(2). Este desprecio revela de manera fuerte, el fracaso de un modelo de expresión considerado durante mucho tiempo como el más adecuado para la información política. TF1 ya ha asumido este cambio de expectativas del público y la conversación con el político es integrada en el interior del tiempo reservado al noticiero.

Ya aplicado desde las elecciones europeas de 1999, este nuevo modo de tratamiento es mantenido por la siguiente emisión política del canal con Patrick Poivre d'Arvor. Ese deslizamiento en el orden enunciativo resulta hábil pues reenvía la expresión del punto de vista político a un proyecto desligado de su finalidad persuasiva. Considerado ahora como elemento de información, la posición política se vuelve audible. El lazo fuerte entre la topografía del habla y la modalidad enunciativa justifica las elecciones estratégicas de los responsables de los canales de televisión por asegurarse la audiencia al mismo tiempo que las opciones de comunicación del político. De este modo, emitir en France 2 « Vivement dimanche...prochain » a la misma hora que « 19H dimanche » en TF1 puso en evidencia la confrontación desigual de los dos modelos: uno exclusivamente centrado en el contenido político, con desarrollos apuntalados y el otro, con un tratamiento lateral y un modo humorístico.

La preferencia concedida a numerosos políticos –el reproche allí hecho a Martine Aubry o a Elisabeth Guigou- muestra la connivencia de hecho entre la lógica del operador y la estrategia de comunicación del político, centrada principalmente en la imagen y los rasgos de personalidad que esta sugiere. Una de las tendencias del tratamiento político, en la televisión tiende entonces a reducir al máximo el aspecto argumentativo en la medida que de lo que se trata es de llegar a un público amplio. Es sorprendente, en efecto, constatar la manifiesta diferencia de recepción de Ruth El Krief, destacada y apreciada en el canal temático de información LCI y banalizada y luego apartada en TF1. La televisión generalista parece, entonces, corroer inexorablemente las cualidades salientes de la política: discutir contradictoriamente e intentar persuadir.

1.2. Los dispositivos, espejos de la estratificación social

Concientes del riesgo de achatamiento de la expresión política, algunos periodistas, especialmente en los canales de servicio público, han intentado reaccionar elaborando en estos, dispositivos más livianos, que incluyeran una diversidad de actores. Para sus títulos, incluso, las emisiones exitosas de France 2, « La France en direct » y « Direct », dan cuenta de un proyecto en el que el intercambio de puntos de vista resulta central. Su fracaso resulta sin duda, de la pesada tendencia analizada precedentemente y que conlleva una condena no solo a un género televisivo sino también a un modo de enunciación. No menos interesante resulta observar el funcionamiento interno de estas dos emisiones. La primera anuncia su voluntad de dar la palabra a la gente común, como lo muestran los duplex entre el estudio parisino y los lugares registrados en provincia. Podría pensarse qué satisfacción se les da a todos aquellos que, cansados del lenguaje de los políticos o de los expertos *habitués* de los estudios de televisión, pueden, en este marco, delegar su expresión.

Sin embargo, la insatisfacción deviene profunda, como lo ilustran esos ejemplos del invierno de 1995, en momentos de la larga huelga a la que debió hacer frente el gobierno de Alain Juppé. Titulada « Por qué este paro ? », la emisión del 1º de diciembre reunió a políticos y expertos en el estudio, tales como el ministro Jacques Barrot o Alain Kouchner y en duplex, los huelguistas: estudiantes de Toulouse, empleados de correo de Estrasburgo y ferroviarios de Mans. El balance del tiempo acordado a cada categoría de actores es revelador de

una asimetría ofensiva ya que mientras los huelguistas hablan durante 15 minutos, el estudio monopoliza el resto del tiempo de una emisión de dos horas. Más allá de la expresión de su cólera, los huelguistas propusieron un análisis pertinente del protocolo de palabra que regía ese magazine político. Cada representante en duplex insiste sobre el mismo punto :

Un cartero :

« estamos felices de poder tomar por fin la palabra. Hay un montón de cosas para decir, los políticos confiscaron la palabra toda la velada y bueno, ellos dijeron cosas que ya se saben, que se han machacado desde hace años... »

un ferroviario :

« yo hubiera querido que esta noche acá o mejor, en Estrasburgo, todos los trabajadores en lucha en su país pudiesen tener un poco más la palabra y no solamente los salones parisinos lo cual es escandaloso... »

un estudiante :

« ...uno pelea por reformas en positivo, uno tiene una idea de lo que quiere... sería tiempo de considerar que tenemos cosas positivas para aportar... »

Como se puede constatar, la asimetría del reconocimiento de los *status* y la inequidad en los tiempos otorgados para hablar, son unánimemente denunciados por los actores, no obstante el ánimo de movimiento social del que trata la emisión. Nos encontramos con un proceder clásico del tratamiento periodístico de los conflictos : el actor es convocado para testimoniar brevemente sobre su experiencia, y el experto, desde el estudio, desarrolla largos análisis, apoyándose en sus comentarios(1). No es sorprendente que los actores implicados experimenten su cólera como consecuencia de esta desposesión programada. Sería erróneo pensar al dispositivo de la emisión como específico de la situación de crisis que caracteriza el período. El resto de los magazines políticos en el conjunto de los canales de televisión y particularmente, en canales de mucha audiencia, articulan el mismo dispositivo de toma de palabra. Un intercambio en vivo entre el estudiante de Toulouse y Daniel Bilalian, el conductor de la emisión, lo describe claramente:

Estudiante : « ...sería tiempo de considerar que nosotros tenemos cosas positivas para aportar, por ejemplo, sobre el estatuto social del estudiante »

D.Bilalian : « me permite que le responda »

Estudiante : « no es una pregunta, es una afirmación »

D.Bilalian : «¡ah, bueno! De acuerdo ah es diferente si Ud. hace las preguntas y las respuestas. ¡Ah bueno! De acuerdo Ud. no hace preguntas, Ud. toma la palabra, entonces no se puede ni siquiera tratar de responder... »

El funcionamiento implícito y rutinario de la interacción verbal entre políticos, periodistas-mediadores y la gente común es puesto en evidencia. La atribución de roles está pre-determinada: el político está ubicado en posición de responder y la persona común formula preguntas en el momento requerido por el periodista y en el tiempo que se le asigna(1). Esta concepción no es inocente: reposa sobre una visión abiertamente estratificada de la sociedad que esta reproduce como un emergente de sí. Para ilustrar lo expuesto, se puede retomar el enunciado de las rúbricas propuestas por Guillome Durand en ocasión de la

emisión especial de TF1 consagrada al referéndum sobre Maastricht, el 3 de septiembre de 1992 (2).

La primera parte, centrada en la conversación entre el Presidente Mitterrand y un panel de gente común es presentado como el momento de expresión « de las preocupaciones de los franceses », la segunda, focalizada en un diálogo con periodistas parisinos, aborda los « problemas de actualidad » y finalmente, la última, con un mini-debate entre el Presidente y Philippe Seguin, es la ocasión de tratar « las cuestiones de fondo ». La franqueza ingenua del animador muestra la asimilación inconsciente de las reglas de encuadre de la palabra de los actores sociales, en la televisión, por parte de los mediadores.

Sin embargo, no sería legítimo preguntarse si todavía es posible consagrar al político como un ser omnipotente y omnisciente, frente a la complejidad de la sociedad contemporánea, sacudida por los trastornos de la mundialización y de la revolución tecnológica. Considerada desde una perspectiva de confrontación de las lógicas profesionales, esta situación se revela beneficiosa para los periodistas en sus relaciones con los actores políticos. Su margen de maniobra se amplía: la exigencia respecto de « los poderosos » ¿no debería ser absoluta ? La confusión, corriente en estos últimos años, entre el orden judicial y la práctica periodística o de investigación no ha podido desarrollarse más que sobre ese zócalo equivocado donde la política parece tener tanto poder, mientras los dispositivos televisivos donde aparece a menudo, no le dan los medios para una expresión argumentativa y adecuada con la presentación compleja de las alternativas y las decisiones relativas a la vida pública. Además, el estatuto menor otorgado a los actores comunes choca frontalmente contra las aspiraciones de una población más exigente y más instruída. El conjunto de los elementos del modelo de comunicación política privilegiado por la televisión desde hace muchos años se presenta como un obstáculo al cambio real entre los diferentes actores de la sociedad. Luego de un largo período marcado por el desempleo y por la revelación de numerosos « affaires » que implican al campo político, el interés del ciudadano-telespectador por la « cosa » pública no se puede restablecer sino sobre una base participativa, igualitaria y razonable: tres características ausentes de los dispositivos televisivos actuales.

El estatuto de la política en una sociedad enteramente mediatizada es muy problemático. En cierta manera, es razonable pensar que la semántica de la interacción se enriquece con el pasaje del orden simbólico al orden indicial (3). No es, en efecto, indistinto conocer la personalidad de aquellos a quienes se delegan zonas de poder importantes. La televisión es, en este sentido, un revelador sin complacencia. Pero la banalización de la política en el seno de una programación de entretenimiento y su instrumentalización a partir de la lógica del marketing tiene efectos destructivos. Los rasgos distintivos del discurso político son negados, la especificidad de su función en la sociedad, es olvidada y la población experimenta su laxitud con un desinterés creciente.

2. Las lógicas discursivas y los procesos cognitivos

2.1. las lógicas de producción

La atribución distintiva de roles pre-establecidos opera como un filtro en la elección de los participantes de las emisiones de intercambios políticos en la televisión. Como consecuencia de la lógica de la administración por la búsqueda de audiencia, se tornó « natural » no presentar sino a los actores más conocidos. La comparación de los invitados a los canales generalistas y a LCI, es reveladora de esta partición. Por un lado, se ve y se vuelve a ver hasta el hartazgo, a los mismos « tenores » de la política o a los mismos expertos, haciendo su entrada en la vida mundana del cenáculo televisivo parisino, por otro, los hombres nuevos que pudieran aportar probablemente, una mirada original y una palabra que sonara menos a una letanía, en relación con los problemas debatidos. Esta manera de hacer, presentada como un imperativo en el medio periodístico, genera una situación de bloqueo con respecto a la representatividad social de la palabra en la televisión y una laxitud del público en espera de renovación.

A este criterio de notoriedad se superponen otros, siempre presentes como reveladores de una necesidad de buen funcionamiento televisivo. Los rasgos de personalidad privilegiados reposan en gran medida en el énfasis, la exhuberancia, lo deslumbrante. Así, la selección de los políticos puede hacerse con relativa independencia de la notoriedad, en la medida que un carácter bien afirmado garantiza con toda seguridad, un estallido de éxito, una irrupción de espectacularidad. « Los ausentes se han equivocado siempre », emisión dedicada al tratamiento de Maastricht y animada por Guillome Durand a principios de los noventa, constituye un caso aleccionador, que esclarece bien esta práctica. En medio de un decorado digno de « Fort boyard », con gradas que se elevan para dejar entrar a los invitados, Marie-France Garaud, conocida por su carácter intransigente y sin duda, seleccionada bajo ese título, dejó estallar su indignación y provocó el enojo del animador :

G.Durand : « Ah ya lo sé, ya sé que es un ceremonial »

M.F.Garaud : « si yo hubiera sabido que se podía rechazar esto, pero me enteré demasiado tarde, desgraciadamente ya está hecho »

G.Durand : « y bueno qué es lo que Ud. quiere »

El mismo procedimiento de enganche es retomado en la emisión en el momento en que la palabra es otorgada a los miembros de la sociedad civil, después de 1h.40' de conversación entre los representantes del mundo político. Alexandre Pache, Consejal en mecenazgo de origen suizo, fue requerido por Guillome Durand para ofrecer su perspectiva. Algunos extractos tienen un valor ilustrativo :

« ...las diferencias más características entre europeos ? por ejemplo, el francés es el individuo de mal humor por excelencia... en Inglaterra hay muchas mujeres que tienen encías enormes y nada de mentón... en Alemania sus mujeres alternativas se pasean a lo largo del muro con una especie de musculosas, que no llevan corpiño por lo tanto, tienen senos que descienden demasiado aunque son jóvenes... ».

Ravi, el animador pide la reacción de Karl Lagerfeld, quien responde con gusto :

« ...es un poco menos primitivo y un poco más sutil ...»

La demagogia del animador muestra claramente la ostensible desnaturalización del debate planteado, incluso cuando se trata de un problema tan esencial como el pasaje a la moneda única. Esta práctica es tanto más criticable cuanto reposa sobre una concepción reduccionista de la capacidad del gran público para informarse seriamente y para autodeterminarse con conocimiento de causa. Al mismo tiempo, Jean Marie Cavada, en un número especial de « La marche du ciel » hizo mención a un especialista de derecho internacional ¡para ofrecer informaciones sobre los aspectos jurídicos del tratado firmado en Maastricht ! Las dos lógicas discriminan categorías de público, una popular, inclinado a satisfacer formas lúdicas primarias, la otra, más exigente, a la medida de su capital cultural.

El análisis de estas prácticas casi ritualizadas a partir de la modelización de la televisión por la lógica comercial, es necesario para mostrar que no revelan una fatalidad sino antes bien, ciertas opciones que tienen efectos y que precisamente por eso, merecen ser discutidas. El desinterés por el debate público sin duda, es alimentado por las reglas de un juego de roles donde sólo algunos saltimbanquis encuentran su ventaja... narcisista.

2.2 Los actores, los discursos y sus condiciones de inteligibilidad

Los raros momentos en los que puede desarrollarse el intercambio argumentativo merecen entonces, una atención particular. Al día siguiente de una emisión de debate en la televisión francesa, la prensa extranjera subraya a menudo la dificultad de los participantes, de respetar el orden de los turnos en las intervenciones y por lo tanto, de escucharse. El diálogo se desarrolla mal, atascado entre largos monólogos de contenidos frecuentemente extraños los unos de los otros. Sensible a este desfasaje cultural, el corresponsal de la BBC prorrumpe en exclamaciones luego de una emisión de TF1, antes del referendun sobre el tratado de Maastricht:

« las preguntas del panel parecían más bien alocuciones »

Esta constatación, fácilmente confirmable en numerosas emisiones revela la inequidad del acceso a la palabra pública para cierta categoría de actores sociales. Muestra nada menos que la voluntad compartida de cada uno por expresar sus propias convicciones y debilita los análisis en función del creciente desinterés por las cuestiones políticas. Pero con toda seguridad, impulsa también a seguir reflexionando sobre la banalización de esta forma de no-comunicación, desde hace ya algunos años. Los discursos producidos, su retórica y su estructura son ejemplarmente reveladores.

Marcadores sociales fáciles de decodificar por los miembros de una misma cultura, delimitan universos de referencia de fronteras estancadas. Nada en común, en efecto, entre la palabra calibrada y llena de certidumbres del experto y aquella más próxima a las prácticas cotidianas del profano. Para dar cuenta de la primera, es necesario referirse a modelos adquiridos. El empleo repetido de estructuras equivalentes en número de este tipo de intervenciones por parte tanto de los funcionarios políticos nacionales como de los expertos consagrados por la

televisión, incita a explorar esta vía. Recurrente en sus formas, la palabra pública retoma los modelos canónicos enseñados en los grandes colegios. El ENA (École Nationale d'Administration), por el lugar incontrovertible que ocupa en la formación de las élites de la administración, sería el principal referente. François-Henri de Virieu, era consciente de esto cuando, para relanzar su emisión « L'heure de vérité », había mandado naturalmente una publicidad, poniéndola en relación con el « gran oral ». El descentramiento que permite la percepción de los extranjeros se revela una vez más, claro e instructivo. Comentando un documental de Arte dedicado al ENA, un periodista alemán redacta un ácido artículo titulado « Chez les jésuites de la République »(1). El siguiente extracto ofrece los lineamientos de su análisis :

« El carácter formalista de la educación salta a la vista. Se prepara para resolver los problemas. ¿De qué problemas se trata ? Esta pregunta importa poco. No se trata de tener un conocimiento de los hechos sino una capacidad acrobática para tomar decisiones –o de hacer creer que se las toma, con la ayuda de fórmulas elegantes. El documental se limita al aspecto verbal de las cosas, no se muestra el amor de los burócratas por el escrito. A fuerza de reducir pilas de expedientes en dos páginas de notas y de articular todas las preguntas según el esquema tesis-antítesis-síntesis, los burócratas franceses terminan por desarrollar la idea no necesariamente realista de que todos los problemas pueden ser resueltos... »

Formal y retórica, la palabra experta participa entonces de un saber constituido. Más allá de la apreciación acerca de los artificios de lo que aparecería, por mucho, como un juego de lenguaje socialmente distintivo, es esencial ver cómo se aprehende lo real. Su tratamiento se opera por el filtro de procesos cognitivos de funcionamientos bien afianzados. En la medida que la realidad es considerada a priori como un conjunto problemático, es lógico comenzar por reformular los elementos del conjunto considerado. La designación y la denominación representan los actos fundadores de este proceso. Sería fácil y seguramente inútil multiplicar los ejemplos de este léxico abstruso, ya que se ha vuelto común en nuestra sociedad tecnicista y administrativa.

El peso del desempleo desde hace ya más de veinte años y los diferentes planes elaborados por los políticos para tratar de mitigar sus efectos han generado un stock lexical considerable. En la búsqueda de novedosas ocupaciones alternativas, se ha innovado con la creación de los « stewards de ciudad », de los « agentes de ambiente », de los « mediadores de lectura » e incluso de los « animadores de orilla ». Para seguir la evolución del reacomodamiento con la nueva economía, que no le aprovecha a toda la población, los expertos se aplican de ahora en más a despejar las « trampas del desempleo ». Asemajándose a un trabajoso juego de creatividad, este modo de encorsetar una realidad densa en la experiencia cotidiana, acentúa la impresión de divorcio entre el experto, el decisor y el hombre común.

Habiendo jugado, la denominación, un rol fundador en virtud de la reformulación de la realidad que problematiza, la segunda etapa puede entonces, ser abordada. Tomando prestado el método clasificatorio de las ciencias de la observación, el procedimiento permite fraccionar el planteo de los problemas abriendo categorías múltiples. El ejercicio del poder se realiza cada vez más, de

esta manera. Sin duda necesario, desde un punto de vista operativo, esta gestión trae aparejados también, en gran medida, efectos semejantes a los de pilotear un avión sin radar, sólo a partir de los indicadores provistos por las encuestas de opinión. La política contemporánea está cada vez más formateada según las reglas del marketing. La operación que consiste en categorizar y segmentar responde a una tentativa imposible de ajuste de las decisiones (¡y, tal vez del restablecimiento de la decisión !), con la franja de una población objetivada. Conciente de esta sistematización, del fraccionamiento del encuadre político y de sus peligros, Dominique Voynet los ha cuestionado recientemente, lamentando que:

« el método Jospin procede de una lógica de substrato sociológico y temático. El PS se dirige a las clases medias y superiores y deja al PCF las clases populares y a los Verdes, el discurso sobre los excluidos(1).

Por estas operaciones, lo real se encuentra falto de su substancia viva. Los problemas concretos devienen abstractos : la reificación de la realidad es el broche de oro de este proceso. Es interesante, en estos últimos años, observar la diferencia del lenguaje que usan los políticos para referirse a la prisión, desde que algunos entre ellos la experimentaron. Aplicada a una categoría de la población con la cual ellos no tenían ningún trato, su discurso dejaba hasta no hace mucho, poco espacio para una aproximación razonada de los problemas ligados al universo carcelario. El descubrimiento desde el interior de ese medio tan gangrenado por la miseria moral y las violencias de toda índole, tuvo un efecto de cebo mediático y permitió descubrir una realidad hasta entonces oculta. Este cambio de perspectiva debería tener valor emblemático y aplicarse a la aprehensión de la vida cotidiana. Además, es necesario abrir el debate público a discursos de origen variado. Un problema concreto puede legítimamente ser enfocado desde un encuadre técnico por necesidades administrativas, pero no hay ninguna obligación, en función de esto, de hacer un *impasse* sobre la palabra de las personas directamente involucradas.

Por el sistema de selección de políticos y expertos que le es propio, la televisión ha eternizado un saber legítimo, formal, a menudo desconectado de lo que percibe la experiencia real. Sería larga la lista de los « expertos » platicando sabiamente acerca del movimiento social de 1995 o acerca de las perspectivas económicas consideradas en un breve lapso, de muy negras a excepcionalmente favorables. A pesar de la repetición de sus errores, ellos no cesan de ser llamados para proferir sus opiniones en los telediarios o en los magazines políticos, con singular seguridad. Su saber y sus métodos validados por un sistema escolar muy formal están de esta forma, sobrevalorados por la televisión a riesgo de perder toda pertinencia. Esta situación, característica de un período en el que el modelo de comunicación asimétrico y vertical instituido por los media, ha sido dominante en términos de importantes efectos ideológicos.

El razonamiento del experto y sus análisis son presentados como indiscutibles. Fundados en la razón, presentarían la garantía de una perspectiva objetiva. Pero es olvidar que esta forma de razonamiento segrega del campo social todo aquello que revela los conflictos de interés entre los actores o los grupos sociales, así como también, la parte subjetiva de los comportamientos humanos. Aplicada a la comprensión de fenómenos sociales constituye un vacío de sentido. Cómodo para evitar la discusión pública acerca de los problemas esenciales de la ecología, de la ciencia, de la técnica o de la economía, sirve para justificar

posiciones de poder hegemónicas. Este proceso se inscribe perfectamente en el cuadro de lo que Pierre Ronsanvallon muestra en su historia del sufragio universal(1). Francia parece, en efecto, marcada por la dificultad de aceptar la totalidad de las implicaciones ligadas a la consulta en estricta igualdad de todos los ciudadanos.

La duda subsiste aún en la representación de una parte de las élites, en relación con la capacidad del «número» para hacer las mejores elecciones. Las categorizaciones implícitas de las prácticas periodísticas lo confirman: la racionalidad pertenece al experto, la pasión, patrimonio del profano. Es importante reaccionar frente a esta mirada coagulada de la sociedad. En el plano del razonamiento ¿no es más válido inscribir las elecciones de sociedad en un período largo como lo hizo la gente común cuando se tuvo que definir sobre cuestiones que comprometían el futuro, antes que adoptar, a la manera de los especialistas, una temporalidad instrumentalizada, el tiempo de un proyecto? La ausencia de debate público entre las diferentes fases de la construcción europea es, en este sentido escandalosa cuando los ciudadanos-electores tienen necesidad de informaciones precisas para medir las consecuencias de las transformaciones anunciadas. La evaluación se hace legítimamente por comparación entre la situación pasada, la situación presente y la proyección hacia el futuro. En lugar de eso, la clase política y los periodistas líderes de opinión se conforman con anunciar un porvenir mejor. Los procesos cognitivos movilizados en el lenguaje cotidiano toman entonces también, el camino del razonamiento abstracto.

Las creencias ideológicas, los valores éticos que ella expresa, participan frecuentemente de una visión del mundo racional y motivada. Estas referencias a un cuerpo de pensamiento se apoyan en la experiencia vivida y en este sentido, constituyen quizá la riqueza de lo que solemos llamar la « sabiduría popular ». La inteligibilidad del mundo no se confunde con el intelectualismo y el pensamiento se enriquece en contacto con experiencias concretas. El rechazo de esta dualidad por el ocultamiento sistemático de los procesos cognitivos propios del lenguaje cotidiano han transformado inexorablemente el debate público en un monólogo en el interior de castas bien nacidas, sin ningún tipo de resonancia pública. Los trabajos recientes de un equipo de sociólogos muestran cómo esta desposesión de la palabra ha provocado un movimiento de repliegue hacia otros territorios de expresión tales como los talk shows(1). Su éxito no es ni sorprendente ni escandaloso: es el resultado, por lejos, de una exclusión programada y justificada en el nombre de las constricciones televisivas.

Notas

(1) ver Erik Neveu para seguir la evolución de los dispositivos de las emisiones políticas entre los años 1980-1990, cfr. NEVEU Erik, "Des questions jamais entendues. Crise et renouvellement du journalisme politique à la télévision", Politix, 37,

(1) Albert du ROY caracterizó así su emisión: "La originalidad de este magazine es la de unir entrevista, debate y foro" (Le Monde Télévision, 15 de febrero, 1999).

(2) Esta problemática está en el centro de los trabajos de Eliséo Veron. Cfr. VERON Eliseo, "Corps et métacorps en démocratie audiovisuelle", Après-demain, 293-294, 1987, p. 33.

(1) BONNAFOUS, Simone, " Parole médiatique en temps de crise. Etude de cas", Etudes de communication, 15, 1994, p.113-128.

(1) MOUCHON Jean, "La politique sous l'influence des médias", Paris, l'Harmattan, 1998.

(2) MOUCHON Jean, "Télévision et argumentation politique: l'exemple du traité de Maastricht" en "Information et démocratie: mutation du débat public", ENS ediciones, Fontenay-aux-Roses, 1997.

(3) VERON Eliseo, "Médiatisation du politique: stratégies, acteurs et construction des collectifs", Hermès, 17-18, CNRS, Paris, 1995.

(1) extraído de Courrier International, 494, 20-26/04/00.

(1) extraído de Monde, 23/05/00.

(1) ROSANVALLON Pierre, "Le sacre du citoyen", Paris, Gallimard, 1992.

(1) cfr. Dominique MEHL, Dominique PASQUIER y Sabine CHALVON-DEMERSAY. En una y otra perspectiva, los análisis de Uli WINDISCH esclarecen las lógicas discursivas del lenguaje ordinario: WINDISCH Uli, " Le prêt-à-penser", Genève, l'Age d'Homme, 1990.